

Mariano Picón-Salas

Notas sobre Hermann Keyserling

HERMANN Keyserling es uno de esos hombres en quienes el espectáculo de nuestro tiempo se impresionó en filosofía. Es decir, no es un filósofo que a la manera de Kant o Hegel construye un sistema que intenta vivir fuera del tiempo; es como Spengler, un espíritu sintético que después de expresar el sentido de nuestra cultura nos da su esencia reveladora y comprueba lo que en ella se metamorfosea.

Keyserling se ubica en este período que va desde 1900 hasta hoy, agitado momento de disolución y crisis de sistemas y angustioso nacimiento de otros nuevos, para cuya explicación y juicio no bastan los métodos de la filosofía tradicional, ni la estrecha lógica inorgánica del materialismo histórico, sino la mirada vidente de un adivinador y escrutador del caos. Un Spengler, un Frobenius, un Keyserling. Estos hombres han puesto de manifiesto la importancia de lo inconsciente en la historia; no se han aislado en su pequeño islote consciente y desde allí han pretendido fijar las leyes de la historia; conociendo las fuerzas ciegas, generadoras—el «sino» spengleriano, el «Eros» de Keyserling—la lucha de lo consciente contra lo inconsciente asume la lógica orgánica de la vida.

Para este papel de «Realpolitiker»; de guiador e iluminador de nuestra cultura, Keyserling se preparó durante más de veinte años. Salía en 1902 de la Universidad doctorado en filosofía, especialista en química y ciencias naturales, con los métodos

y la cautela de la ciencia, a explorar el mundo. Viajó por Europa donde el fenómeno de la vieja cultura occidental se le presentaba estratificado y en situ como una formación geológica. Los exploradores y etnógrafos que habían vivido en África o en Insulindia estudiando los pueblos primitivos, traían testimonios de grande interés sobre la vida mental de éstos, que ciencias nuevas como la psicología étnica y la sociología, agrupaban en cuerpo de doctrina y que daban por regresión una explicación clara de muchos complejos de nuestra vida moderna; y Hermann Keyserling que ya conocía el crepúsculo de las culturas, quiso—para diferenciar mejor—conocer también el mundo del hombre primitivo. Hizo entonces alrededor del mundo el «viaje de un filósofo» (*Das Reisetagebuch eines Philosophen*). Volvió a Europa y la revolución bolsevique—el alma oriental revertiéndose sobre Oriente—lo encontró en Estonia. Tuvo la visión y la reflexión de aquellos días intensos, pareció sospechoso a los jefes rojos y se refugió en Alemania, donde en 1920, en Darmstadt, funda su «Escuela de la Sabiduría».

Quiere esta Escuela hacer la síntesis del mundo contemporáneo y sobre todo dar impulsos vivos al «mundo que nace». Pensar para obrar (*Wirken, Schöpferisch*). Salvar en la cultura naciente las oposiciones y contrastes que han producido la muerte de la cultura occidental, oposiciones y contrastes que para Keyserling son entre el hombre y su pensamiento, entre el hombre y la realidad. Dar al conocimiento que hasta ahora ha formado algo aparte de la realidad, el carácter de creador de realidades. (*Schöpferisch Erkenntnis*). Nuestra cultura muere porque carece de unidad, y carece de unidad porque está fundada sobre un elemento intelectual sin relación orgánica con el ser verdadero, es decir, con el ser a quien nutre esa cultura. Está fundada sobre las capacidades. La capacidad es algo exterior que puede adquirirse aún cuando falten las disposiciones naturales y no tiene relación necesaria con la vida misma. Una cultura nueva debe basarse no sobre las capacidades sino sobre el ser, es decir aquello que es el nudo de la personalidad humana. Muere también una cultura porque los elementos que la

informan han perdido su sentido, su significación para el hombre, y esto también ya ocurre con la tradicional cultura europea. Piénsese en el contraste violento entre nuestra civilización exterior y nuestro nivel espiritual. Entre ambos no existe transferencia y comunicación. Nuestro mundo pensante es inferior a nuestro mundo técnico. Keyserling quiere dar al mundo un «sentido»: no un sentido lógico, estético o ético, nada que sea concepto o contenido positivo del pensamiento, sino un principio de vida que anime todo. El hombre debe ser un «Weltûrberlegener», cuyo impulso vivo pueda actuar en el tiempo.

Hombre creador, pensamiento creador. El hombre hace el mundo porque este no es sino lo que el hombre se representa. Al representar se apresa al mundo: la representación es una de las formas mismas de la realidad. De aquí que el pensamiento pueda ser creador, porque la realización de una utopía siempre es posible: la naturaleza no constituye un límite, sino un grado determinado de realidad que aún puede sobrepasarse.

Estos conceptos los aplica Keyserling al fenómeno de las culturas realizadas o por realizarse. En cuanto a la vida misma, como posibilidad, la concibe por la relación entre lo que él denomina el «Eros» y el «Logos».

Eros y Logos...

Como en una cosmogonía antigua, Eros y Logos se disputan el mundo. Eros parece indiferenciado, lo obscuro, lo inconsciente en una palabra; es el sentimiento y el instinto, fuerza fundamental de toda creación, pero no la creación misma. Sobre el Eros, el Logos puede imprimir su impulso. El Logos es el creador. El Logos no es el intelecto ni la razón, sino algo más vivo, personal y comunicable. Es el Ser gobernando las cosas, ordenando lo caótico, clarificando lo obscuro. Es el poder creador del hombre. El progreso se realiza por esta penetración y ordenación que realiza el Logos sobre la materia revuelta y germinante del Eros. Por el Logos el hombre puede reaccionar contra la fatalidad cósmica que rodea todas las cosas. Esta reacción constituye la historia.

El Mundo que muere...

Una cultura, que es un verdadero organismo espiritual, muere cuando su expresión no traduce nada de interior, cuando ya no forma un todo en que cada parte supone y recuerda el conjunto.

Frobenius, Spengler y otros filósofos de las culturas, han estudiado sus leyes de evolución y muerte. Al estudiar la muerte de las culturas y singularmente de la cultura occidental, Spengler ha considerado principalmente el fenómeno de agotamiento, cuando después de hallar su expresión última el sentido que estas culturas encarnan, no pueden sino petrificarse. Keyserling considera otros casos: cuando las formas de una cultura entran en contacto con formas nuevas que destruyen su unidad; cuando el estado psíquico de todos los hombres históricamente determinantes, se ha modificado hasta el punto que ya no puede integrarse en el sentido tradicional.

La cultura de nuestro tiempo se ha distinguido de otras que la precedieron, por el predominio del intelecto sobre las otras formas de la vida. El organismo psíquico del hombre ha crecido de tal manera desde el punto de vista intelectual, que por consecuencia de esta transformación, todas las formas culturales tradicionales están en camino de desaparecer. La técnica crea actitudes mentales nuevas. En la técnica, ve Keyserling un elemento transmisible que diferenciará la nueva cultura de las antiguas donde lo inconsciente, lo intransmisible tenía un lugar preponderante. «Aquellas culturas respondían a la imagen que el hombre se hace de la vida de las plantas: estaban ligadas a las contingencias del espacio y del tiempo. Así se explican orbes culturales sin comunicación ni interferencia entre sí, como China, la India, etc. La técnica, por el contrario, es un lenguaje universal, y sus posibilidades, como las verdades matemática, son inmanentes a todo cuerpo y espíritu humano y evidentes por esencia. No habrá bien pronto sobre la tierra ningún hombre, por encima de lo normal, a quien la radiografía no parecerá tan sencilla como la tabla de multiplicar. La tecnización del mundo que se realiza en este momento de la historia, produce

la influencia preponderante de las masas, pues ya la cultura no depende de un elemento individual e intransferible—el genio de un Leonardo, de un Miguel Angel, de un Napoleón—sino del desarrollo y aplicación de una fuerza común. Un tipo de hombre característico de nuestro tiempo no es ya el sacerdote, el caballero o el burgués como en otras épocas, sino el chauffeur en cuya psicología descubre Keyserling los rasgos psicológicos esenciales de las nuevas generaciones. El chauffeur—dice—es el primitivo tecnicizado. La aptitud técnica está muy próxima al sentido de orientación en el salvaje; la técnica despierta en el hombre el sentimiento de que es dueño—y tanto más fuertemente cuanto es más primitivo.—He aquí porqué la mayoría de los hombres se modela hoy según el tipo del chauffeur, que todo niño quiere desde luego ser chauffeur, (si él dice a menudo «ingeniero», es en la técnica del chauffeur en la que piensa) y que los primeros tipos representativos del nuevo mundo naciente, con excepción de los guías espirituales, pertenecen en todas partes al tipo del chauffeur. El fascista no es otra cosa sino el tipo italiano del chauffeur, el bolsevique el tipo ruso, y el asiático medio, partidario del progreso, es verdaderamente el chauffeur por excelencia». «De aquí proviene en nuestra época la hostilidad por la tradición y el gusto de primitivos por la fuerza bruta».

En la muerte de la antigua cultura causada por la evolución del intelecto—agrega Keyserling—se trata, pues, de un verdadero fatum, y esta muerte no es sino el relevo de tipos humanos antiguos por tipos nuevos, que en virtud de sus disposiciones innatas no pueden marchar ya por el mismo camino. Pero la muerte del antiguo estado psíquico tiene una causa más profunda que las hasta aquí consideradas, y que por sí sola explica el carácter catastrófico de este fin. Por el deselvovimiento preponderante de los elementos intelectuales en el organismo psíquico, cuya unidad se hallaba así rota, la conciencia, por un tiempo, ha perdido el contacto íntimo con la vida profunda. La conciencia intelectualizada ya no se relaciona con su propiedad viviente, y la vida aparece entonces al hombre desprovista de

sentido, pues sólo puestas en relación con su fondo último, las contingencias de la vida toman algún sentido. La vida, bajo su forma actual, está en efecto vacía de sentido, y esto en razón de nuevas condiciones psicológicas. Sólo los tipos nuevos son capaces de concebirla como una realización del Sentido. De esto depende la vitalidad del tipo del chauffeur y la formidable potencia de los movimientos de que él es el sostén como el bolseviquismo y el fascismo.

El Mundo que nace...

Por lo que ahora produce la agonía de nuestra civilización occidental, pueden deducirse las características de la nueva época que adviene. Un curioso concepto de Keyserling es que la historia universal con la continuidad que le pedían los antiguos filósofos de la historia y cuyo mito destruyó Spengler, empieza ahora verdaderamente, ya que no podía existir humanidad como realidad antes de que lo transmisible tomara sobre lo intransmisible una importancia tan grande que disolviera las unidades raciales y nacionales en la unidad del género humano. De este universalismo es un ejemplo la política que hoy vemos desarrollarse en el mundo, que consulta vastas organizaciones colectivas como antes no se concibieran. El mundo que nace ya no quiere diversificarse como lo hizo a la caída de Roma y durante toda la Edad Media y Moderna, es convergente más bien que divergente. Pensemos, por ejemplo, como el vasto mundo anglosajón gravita en torno de dos grandes centros: Londres y New York; en el movimiento pan-islámico, que aún muy impreciso, parece que revestirá en el futuro una formidable importancia. En la «Unión de los Soviets» que quiere englobar toda el Asia. La idea soviética—dice Keyserling—representa a la vez cuatro tendencias de las más características; la emancipación del Oriente frente al Occidente imperialista, la idea de civilización técnica sin explotación del trabajador, y especialmente la adopción por el Oriente de lo que hasta ahora le faltó: el poder sobre el mundo exterior que en Occidente sólo se contempló bajo un aspecto materialista. ¿Este mundo ecuménico en que sueña Keyserling, no se

realizaría por la mutua penetración de Oriente y Occidente? El Occidente materialista para ampliarse y profundizarse necesita una impulsión espiritual que sólo Oriente puede darle; para Oriente, a la inversa, el materialismo occidental sería un evangelio.

Hay, como en toda cultura que comienza, mucho de primitivo en el mundo actual. Keyserling señala como ejemplo la danza moderna. «¿Por qué se busca hoy en la forma de vida primitiva de los negros, esto que permite manifestar mejor la personalidad? Porque el estado psíquico se ha modificado de tal manera con relación al estado anterior, que las formas tradicionales ya no podrían tener ninguna significación; y como aún no han nacido nuevas formas de vida penetradas de alma e inteligencia, sólo lo primordial puede parecer verdadero y auténtico. Keyserling analiza la crisis porque hoy atraviesa la juventud: su escasa vida interior, su ausencia de sentimientos en el sentido tradicional; su vitalidad que no se manifiesta normalmente sino en los sports.

Este estado actual del mundo, no es para Keyserling, sino el alba transitoria y confusa de una nueva cultura. No es la cultura misma. Los progresos técnicos que en nuestra época han producido el contraste tan bien estudiado por Spengler entre cultura y civilización, al vulgarizarse en el futuro ya no constituirán un problema, no existirá entre la vida espiritual y material del hombre la oposición contemporánea, lo exterior será la condición casi funcional y orgánica de lo interior. El divorcio entre el pensamiento y la realidad no existirá más, y una cultura ecuménica fundada sobre la vida misma, será posible.

Cultura ecuménica del porvenir.

Para llegar a estas conclusiones no ha olvidado Keyserling el fatum histórico. Hay un fatum histórico lo mismo que hay un fatum biológico, y el individuo o los pueblos no pueden reaccionar contra las influencias cósmicas o la herencia, sino dentro de ciertos límites. Pueden transformar o adoptar, pero siempre dentro de una realidad originaria. Las cosas sufren la metamorfosis de la personalidad. Es la razón misma de nuestra biología esta lucha entre lo propio y lo extraño. Un mundo tan compe-

netrado y solidario como lo sueñan algunos pacifistas, no existirá jamás. Pero—como lo proclama tantas veces Keyserling—en la nueva cultura los elementos transmisibles y móviles del alma tendrán mucha más importancia que los intrasmisible e inmóviles. Lo consciente influirá más que lo inconsciente. Pensemos en el sentido que tiene el mundo para un hombre primitivo: cuando éste no puede explicar los fenómenos, vive en un mundo fantasmagórico y todo lo que se le evade lo transforma en misterio y magia. De las cosas que no entiende hace totem y tabú. La explicación del mundo en las culturas actuales es por lo contrario, clara y transferible, y por lo tanto universal.

De estos postulados se desprende una serie de consecuencias lógicas:

1. El progreso no logra destruir el fatum individual o histórico. Se progresa dentro de este fatum. El mundo venidero no será internacional (es decir despersonalizado) sino supra-nacional. Los pueblos conservando su fatum, su propia herencia, sus particulares influencias cósmicas, se desarrollarán gracias a la técnica común, a los elementos transmisibles de la cultura, en un organismo ecuménico. (Lo ecuménico, explica Keyserling, no es un estado donde se anulan las tendencias contrarias, sino más bien un estado de tensión extrema, lo que basta a probar que es eminentemente positivo. En el estado ecuménico la mayor parte de los particularismos legados del pasado desaparecerán, pero únicamente para hacer lugar a nuevos, sobre la base de lo común, de lo humano).

2. La cultura del porvenir fundada no sobre la idea mecanicista de las capacidades, sino sobre el ser, sobre el carácter, devendrá aristocrática. Ya conceptos modernos como el de la *eugenesia* son fundamentalmente aristocráticos. El factor cultural tendrá en la sociedad futura una importancia mucho mayor que el que tiene el factor económico en nuestros días, pues cultura será entonces no mera forma de la inteligencia, sino síntesis humana.

3. En las épocas anteriores, el hombre, como lo dice expresivamente Keyserling, estaba aprendiendo el alfabeto del univer-

so «El hombre ecuménico estará de nuevo en situación de vivir una vida directamente emanada del sentido. Hecho dueño del alfabeto, se esforzará sobre todo en decir alguna cosa en el idioma aprendido. En el estado ecuménico el «homo saber», para recordar la excelente definición de Danzel, se metamorfosea sobre un plano superior, en «homo divinans». El signo anunciador de ésto es ya la frecuencia creciente de los dones intuitivos, ocultos y mágicos, así como el despertar de la inteligencia de la realidad psicológica, es decir viviente, a diferencia de las formaciones muertas del espíritu. Así este estado permite, por la primera vez, la realización de los más altos valores humanos, sobre todo del valor de la preeminencia espiritual (Weltüberlegenheit).

4. La cultura que nace debe buscar la integración psicológica suprema del alma, que lo racional y lo irracional produzcan el ritmo orgánico. En nuestra época el intelectualismo ha sido antivital porque no se ha asimilado los elementos irracionales. Keyserling recuerda que las ideas no valen por si mismas, como se ha pretendido en las épocas racionalistas o de intelectualismo extremo, sino como símbolos de la realidad. Las doctrinas son en primer lugar, no verdaderas, sino representativas.

Generar ideas representativas, impulsar el mundo que nace, es lo que quiere el filósofo de Darmstad. El anhela que no se le confunda con estos profesionales de la filosofía en quienes pensar sólo es un oficio. Para pensar bien, para que las ideas se prolonguen en el tiempo, es necesario aprehender el *sentido*;

quien lo aprehende vuelve a crearlo. O como

lo dice Keyserling en su fórmula expresiva:

Sinnerfassung = Sinngebung = Schöpfung.